(TRES PLIEGOS.)

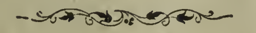
HISTORIA

DEL

MARQUÉS DE VILLENA

Ó

LA REDOMA ENCANTADA.



NUEVA EDICION.

MADRID: 1868.

IMPRENTA DE MARÉS Y COMPAÑÍA, CALLE DE LA ENCOMIENDA, NÚM. 19.

Autorizada segun la ley vigente.

PROLOGO.

Las tradiciones de los cuerpos se perpetúan de padres á hijos, corren hasta la posteridad, y se arraigan de tal suerte, que el trascurso de los siglos no consigue borrarlas.

Todos los paises del globo las tienen más ó ménos exágeradas, más novelescas, más terribles, segun el carácter de sus habitantes. Las de Alemania, por ejemplo, tienen un carácter triste y filosófico: las inglesas pecan por sanguinarias: las francesas por extravagantes y las nuestras por poéticas.

La dominacion de los árabes en España, que duró por espacio de ocho siglos, produjo un número considerable de cuentos y de historias que vinieron á parar en tradiciones, que hoy dia se sacan todavía á luz con bastante éxito.

Nuestros caballeros de aquellos tiempos eran galantes, y sobre todo valientes. Grandes amigos de aventuras, no era extraño que sus hechos, más ó ménos célebres, pasasen de boca en boca y hayan llegado hasta nuestros dias.

Pero entre todas, ninguna tan sabida, tan comentada ni tan referida entre toda clase de personas, como la que vamos á relatar.

Pocos serán los españoles que ignoren que existió un hombre á quien llamaban el Marqués de Villena: que este hombre era un sábio nigromántico, dado á la mágica y á las cábalas de su profesion; en una palabra y segun el decir de las viejas, que era un brujo completo.

Todos los narradores de sus hechos y hazañas convienen en que sabía mucho, y por lo tanto, que por medio de su sabiduría llegó á conseguir el descubrimiento de volver al mundo, pasado algun tiempo despues de su muerte, á cuyo efecto tomó en vida las competentes precauciones.

Cuáles fueron éstas, van á saberlo muy en breve nuestros lectores, pero con la circunstancia de que van á saberlo de dos distintas maneras; esto es, en la primera parte referiremos lo que se cuenta entre el vulgo; y en la segunda daremos noticia de los sucesos verídicos del personaje que nos ocupa, sucesos que nos ha trasmitido la historia, y que se acercan á la verdad, porque si todos los hechos de ella no son enteramente exactos, son á lo ménos posibles.

De este modo creemos conseguir el objeto que nos hemos propuesto, satisfaciendo todas las exigencias y presentando á nuestro héroe bajo todas las formas con que ha sido caracterizado por espacio de algunos siglos.

Sólo falta que el lector tome de todo ello la parte que le convenga, y que crea de su historia lo que mejor se adapte á su creencia.



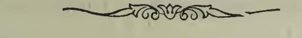
HISTORIA

DEL

MARQUES DE VILLENA,

Ó

LA REDOMA ENCANTADA.



PRIMERA PARTE.



Don Enrique de Villena, marqués de este nombre, era un caballero que vivia en tiempo del rey don Enrique III.

Su nobleza era de las más antiguas de España, y como á tal, tenido y reputado por uno de los hombres más respetados de su tiempo.

Así como en aquella época de revueltas, guerras y trastornos los más de los caballeros se daban al duro ejercicio de la guerra, el marqués de Villena siguió un camino contrario, y se dió al estudio de las ciencias, particularmente de las que enseñan la astronomía, la astrología y la mágia.

Por lo que respecta á la primera, sabía leer en las estrellas como nosotros leemos en un libro. Conocia todos los planetas descubiertos

hasta entónces, que á la verdad no eran muchos: conocia las revoluciones periódicas de los astros: pensaba tal vez, no podemos asegurarlo, que la luna tenia habitantes, y que el sol era un globo inextinguible de fuego: imaginaba tal vez que la tierra contaba más años de existencia que los que suelen darle: en suma, enterado de toda esa máquina celeste que tanto ha dado que hacer y que pensar en el mundo; y así es que por lo que él veia hacer á ella, pronosticaba. Le eran tambien comunes los demás fenómenos de la naturaleza, y por lo mismo no les tenia miedo, pues sabía las causas que los promovian. Al ver estallar el rayo y retumbar el trueno, se quedaba tan tranquilo y sereno como si tal cosa. Estaba cierto que el choque eléctrico producido por este fluido al pasar de una nube á otra ó al subir de la tierra á las regiones elevadas, ó bajar de éstas á la tierra, producia la claridad que veian sus ojos y el estampido que aturdia sus oidos; y así por este estilo lo demás que acontecia en la naturaleza, que todo es sencillo y natural como ella misma.

Se puede casi asegurar que en la ciencia que dejamos mencionada, el marqués era un verdadero sábio.

Tocante á la astrología ya era otra cosa. El marqués adivinaba lo futuro y conocia lo pasado, aun de los tiempos más remotos

En cuanto á la parte de mágia que se le atribuia, dicen que tenia hecho pacto con el demonio, y que éste le suministraba todo lo que le hacía falta, y por lo tanto lo pasaba tan ricamente.

El marqués se empeñó, pues, en que habia de sacar un buen fruto de su saber y de su buena cabeza. El pacto que tenia hecho con el demonio le ligaba de manera que no le era dable tal vez llevar á cabo su pensamiento; pero como el demonio no es tan avispado como le creen algunos, no era acaso difícil el hacerle una jugarreta.

El pacto, sin duda, consistia en entregarle el alma cuando muriese. El caso era no morirse nunca, ó á lo ménos poder resucitar cuando le conviniese, y ya tenemos que en este caso semejante pacto era nulo mientras el marqués respirase el aire de la vida. Pero esto tenia sus mil y un inconvenientes; mas ¿quién es el hombre, y mayormente si tiene talento, que no sabe vencerlos?

La dificultad estaba en que el demonio no supiese su muerte cuando aconteciese. El marqués sabía que valiéndose de ciertos medios tenia que resucitar más adelante, y cuando volviese á resucitar ya idearia otros para engañarle nuevamente.

No sé si me explico bastante para que me entiendan mis lectores; pero por si acaso, me explicaré más claramente. Para cuando muriese el marqués necesitaba un sustituto que le representase durante el tiempo que permaneciese en el sepulcro; y el demonio que lo veria andar en el

mundo todavía, creyese de buena fé que su señoría no pensaba en morirse.

El marqués tenia un negrito, á quien profesaba mucha estimacion y cariño. Dormia en su mismo cuarto, le seguia en la calle, en el campo, en suma, por todas partes. Algunos habian dado en decir que era su demonio familiar; pero esto ya vemos que no tiene sentido comun, por cuanto Villena trataba de engañar al demonio, y siéndolo el negro, es claro que se lo hubiera contado al otro, y todo se hubiera perdido.

El negro, pues, de don Enrique de Villena fué el sugeto destinado para sustituirle durante su muerte cuando ocurriese.

El marqués habia fabricado un sombrero mágico, y este sombrero era el objeto que debia hacer el principal papel en la comedia que iba á representarse.

Una noche don Enrique llamó al negro y le dijo:

—Mira, querido Alí: cuando veas que estoy para morir, no te apartarás un solo momento de la cabecera de mi cama, ni permitirás que entre nadie á verme. No quiero médicos, porque éstos me matarian ántes de tiempo. No quiero criados, porque al verme espirar procurarian robarme lo mejor de mi casa. No quiero tampoco ver á mi mujer, porque al verme en tal estado proyectaria buscar luego otro marido. Por último, tú solo has de asistirme, y desgraciado de tí si no haces lo que ahora para entónces te mando.

El negro se ofreció cumplir exactamente sus mandatos, y el marqués continuó en estos términos:

—¿Ves este sombrero? Pues tan pronto como yo deje de existir te lo pondrás en la cabeza, y al instante tomarás mi propia forma; es decir, que todos creerán que soy yo en persona y te respetarán como á tal, y disfrutarás de todo lo que yo disfruto. Pero ten cuidado de no quitarte nunca semejante sombrero: en el momento que tal hicieres volverias á aparecer en tu primitiva forma, y me perderias para siempre. En seguida cogerás mi cuerpo, lo desnudarás de la ropa, y colocándolo encima de la gran mesa de mi laboratorio, del cual tú solo tendrás la llave, que encontrarás en mi ropilla, lo harás en menudísimos pedazos sin desperdiciar lo más mínimo. Carne, huesos, sangre, tripas, en fin, todo debe mezclarse perfectamente; y cuando toda esa amalgama estuviese como carne de salchicha, la encerrarás en la botella núm. 1, que encontrarás entre otras detrás de mi sillon de badana verde. En tal estado y con mucho tiento esconderás esta botella en un gran monton de estiércol, procurando que nadie se atreva á removerlo por mucho tiempo, lo cual conseguirás fácilmente, pues tú solo serás el amo de mi casa. Pero desgraciado de tí, te repito, si equivocas la más mínima de mis órdenes; desgraciado de tí, pues no ignoras cuántos medios tengo para perderte, aun despues de muerto.

Calló el marqués, y el negro le dió todas las seguridades posibles de ejecutar sus mandatos.

Despues de lo referido pasaron sólo algunos años, viniendo por fin el dia en que don Enrique de Villena se puso enfermo de peligro.

El negro, como lo tenia mandado su amo, no permitió que nadie entrase en el aposento.

Llegó, por fin, la hora postrimera, y el marqués dejó de existir. Inmediatamente el negro se caló el sombrero, y don Enrique de Villena se dejó ver en su propia forma bajo la figura del negro.

Los que sabian lo que el marqués podia, no extrañaron de su pronta convalecencia, dándole por ello mil enhorabuenas.

El negro entónces hizo lo que el marqués le habia prevenido, y sus restos mortales fueron encerrados en la redoma designada y ocultos en el monton de estiércol prevenido.

Pasáronse algunos meses. Todos cumplimentaban al negro como lo hacian ántes con el marqués: su misma esposa le hacía mil caricias, y el negrito estaba tan contento, que deseaba que aquello durase muchísimo tiempo.

Sin embargo, todo el mundo observaba que el marqués no se quitaba jamás el sombrero. Ni en la mesa, ni en la cama, ni en ninguna parte descubria su cabeza. Tuviéronlo algunos por una rareza del marqués; pero viendo los criados que su señor no iba á misa, que no frecuentaba la córte, que huia del trato de todo el mundo, le tuvieron por un completo hereje, por un desnaturalizado, y empezaron á murmurar altamente de su proceder.

Entónces fué cuando le atribuyeron con más fervor sus artes diabólicas. Entónces fué cuando le creyeron brujo rematado y todo lo demás que nos cuenta la historia.

¿Nuestros lectores querrán saber lo que hacía el demonio entretanto? Nada. Como lo ignoraba todo, se estaba tan satisfecho como si tal cosa.

Mas como las cosas mal hechas no pueden durar mucho tiempo, vino el dia en que el diablo, como suele decirse, tirase de la manta y se descubriese el pastel.

El marqués, mejor dicho el negro, tuvo precision de salir una mañana de su casa y se vió obligado á pasar por frente de una iglesia. El negro apretó el paso á fin de no verse precisado á tener que quitarse el sombrero. Pero ¡oh fatal casualidad! En aquel mismo momento salia el Viático, y era fuerza hacerle el debido acatamiento. El negro, sin embargo, no entendió de razones y quiso apresurar sus pasos con objeto de no encontrarse frente á frente con Su Majestad. En balde lo intentó, y la procesion cruzó la calle ántes que el negro pudiese ponerse en salvo. No obs-

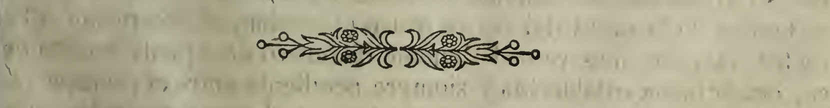
tante, se mantuvo parado en el dintel de una puerta sin quitarse el sombrero. Al ver los presentes tal desacato, semejante irreverencia, empezaron á murmurar y á denostarle, y uno, más atrevido que todos, le pegó un manoton, y el sombrero vino rodando por el suelo.

Figurémonos ahora cómo se quedarian los espectadores de tal escena. La figura del marqués desapareció completamente, quedando sólo la fea y repugnante del negro, quien confundido y amilanado, no tuvo valor para coger el sombrero y encasquetárselo de nuevo, con lo cual tal vez hubiese podido remediarlo todo.

Armóse un completo alboroto en la calle; cada cual comentaba el suceso á su modo, no faltando quien dijese que la irreverencia del marqués habia ocasionado que Dios le convirtiese en aquel mismo acto con el sér deforme que tenian á la vista.

Se enteró la justicia, vinieron los alguaciles y corchetes, y el pobre negro, en medio de las burlas, pedradas y silbidos de la multitud, fué conducido á la sala del tribunal. Allí tuvo que cantar de plano, confesar lo que habia sucedido, las órdenes que le habia dado su amo el difunto marqués, y señalar el lugar donde se hallaba escondida la redoma.

Inmediatamente el tribunal completo se puso en marcha. Una inmensa muchedumbre le seguia á fin de ver en qué pararia tan extraordinario suceso. — Llegados al estercolero se buscó la redoma, procurando cogerla con tiento para no romperla. Descubrióse por fin, y se vió que contenia un líquido amarillento, en el que sobrenadaba un feto como de un niño de ocho meses. Sólo faltaba ya uno para que el marqués apareciese de nuevo en el mundo. — El negro fué decapitado y la botella hecha pedazos y enterrado el cuerpo que contenia, no quedando á los pocos años mas que el recuerdo de lo que habia pasado. Sin embargo, este recuerdo ha llegado hasta nosotros. Hay quien asegura que la redoma no se encontró por más diligencias que se practicaron y por más señales que el negro dió de ella y del lugar donde la habia enterrado. De todos modos, el demonio habia ganado la partida. Muerto el marqués, su alma le pertenecia. ¿La recogió por fin? No lo sabemos; tal vez más adelante podamos decirlo á los lectores.



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Algunas noticias acerca del monarca que ocupaba el trono.—Concept que el vulgo tenia formado del marqués de Villena. — Noticias exactas de su vida. — Su carácter y circunstancias que le adornaban.

En la época á que se refiere esta historia ocupaba el trono de Castilla don Enrique III, apellidado el Doliente, á caus de la endeblez de su físico y de los con tínuos males que le aquejaban.

Habia subido á ocupar el trono, vacante po la desastrosa muerte de su padre don Juan I ocurrida en Alcalá de Henares por una caid de caballo.

La corona se puede decir que vacilaba e su cabeza, por cuanto el monarca cuidaba mé nos de sus Estados que de los males que l afligian.

La multitud de cortesanos que le rodeaban, ávidos siempre de ho nores y grandezas, únicamente procuraban por sus adelantos, sin cuida se mucho de la salud del rey, á quien ni amaban ni aborrecian. El ca rácter, empero, más verdaderamente distintivo de aquella remota ép ca, era la lucha establecida y siempre pendiente entre el príncipe y s primeros súbditos; una escala ascendente y descendente á los pech ros vasallos de vasallos y á los reyes señores de señores, era un gr

obstáculo que impedia al gobierno ejercer á la vez su influencia igual, equitativa, por todos sus dominios; el pechero, doblemente súbdito, tenia dobles obligaciones para con su dueño inmediato. Por otra parte era muy particular el poder de los orgullosos magnates, sin cuya voluntaria cooperacion hubiera sido ilusoria la autoridad del soberano.

Los caballeros principales de la córte se ocupaban tambien de cuando en cuando en las guerras con los moros ó en la de Portugal, las cuales hacía mucho tiempo que tenian los ánimos en espectativa.

La guerra hacía las delicias de los señores de aquellos tiempos, que en ella se engrandecian y prosperaban. El siglo XV era, pues, el siglo de la caballería, y las artes y las ciencias estaban completamente olvidadas.

No obstante, no faltaba alguno que rindiese sincero culto á estas últimas, aun cuando el vulgo ignorante y supersticioso tratase esta aficion de una manera poco noble.

En aquella época se tenia por sobrenatural cuanto no estaba al alcance de la generalidad, y se atribuia á mágia y sortilegio lo que no se comprendia. De ahí las supersticiosas tradiciones de la edad média, los crasos errores de aquellos siglos medio bárbaros, cuyas sorprendentes historias han llegado hasta nuestros dias desfiguradas y aumentadas segun la voluntad de los narradores.

Complácese por lo comun el vulgo en crear gigantes donde sólo hay enanos; figúransele fantasmas lo que son cuerpos reales y verdaderos, y en medio de sus ilusiones, rara vez da en el blanco, ni sabe apreciar debidamente la ciencia de las cosas, ni dar su verdadero colorido á los sucesos que naturalmente pasan entre los humanos.

La historia del marqués de Villena, que vamos á referir á nuestros lectores, es una prueba de lo que acabamos de decir. Esta historia, que se ha hecho tradicional entre la mayor parte de los naturales de España, ha sido siempre referida de una manera sorprendente, llena de absurdos, plagada de inverosimilitudes, y sobre todo escasa de verdad. El héroe de ella ha sido calumniado, y su mismo cuerpo, despues que bajó al sepulcro, no tuvo paz ni sosiego, porque habiéndole hecho aparecer en la escena del mundo, los hombres le dieron nuevos vicios, nuevas pasiones; todo porque una tradicion ridícula pretendia hacer creer que valido el marqués en vida suya de ciertos medios, tenia que volver al mundo bajo una nueva forma.

La sensatez y conocimientos de nuestros dias no pueden creer tamaños disparates. La época luminosa que atravesamos rechaza altamente las aberraciones engendradas cinco siglos atrás, y los hombres de aquellos tiempos creyeron la historia del marqués de Villena tal como la refirieron sus contemporáneos; los de hoy se rien completamente de tales absurdos.

Sin embargo, como no será difícil que existan algunos preocupados que duden de la existencia fantástica de aquel, queremos referir su historia tal como fué, exenta de preocupaciones, limpia de las manchas con que ha sido afeada. En esto, pues, nos ocuparemos en el presente tratado, en el que, á pesar de todo, lleva su objeto moral y filosófico, y por lo tanto siempre podrá aprovechar á los lectores. Hechas nuestras protestas y salvedades, empezamos.

Don Enrique de Aragon, llamado comunmente de Villena, era un noble señor de los más poderosos y espléndidos de su época. Su cualidad de tio del rey y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragon, le hacian ser mirado como uno de los caballeros más nobles de la córte de Castilla.

Su padre don Pedro, que habia casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina despues de Portugal, fué muerto en la ba talla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el mar quesado de Villena, de su abuelo don Alfonso, primer marqués de est título, á quien lo habia dado don Enrique II, y lo habia cedido á s hijo don Pedro, reservándose el usufructo para toda su vida. Pero ha biendo el rey don Enrique III, en su menor edad, invitado al marqué á que viniese á ejercer su título de condestable de Castilla que le dier don Juan I, y habiéndose él negado con frívolos pretextos á la justa ex gência del monarca, se aprovechó esta ocasion de volver á la coron aquellos ricos dominios que como fronteros de Aragon no se creia pru dente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse e compensacion á don Enrique el señorío de Cangas de Tineo con títu de conde, habiéndole además traido su mujer doña María de Albor por su dote las villas de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras, co todo lo cual podia reputársele por uno de los más ricos señores d Castilla.

Don Enrique de Villena no habia pensado en acrecentar sus estad por los medios comunes en aquellos tiempos de conquistas hechas á l moros. Más cortesano que guerrero y más ambicioso que cortesano, h bia desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy á prop sito, y su aficion marcada á las letras le habia impedido adquirir aque flexibilidad y pulso que requiere la vida de la córte. Las lenguas, la po sía, la historia, las ciencias naturales habian ocupado desde muy pequ ño su atencion. Habíase entregado tambien al estudio de las matemá cas, de la astronomía y de la poca física y química que entónces sabía. Una erudicion tan poco comun en aquel siglo en que apénas e pezaban á brillar las luces en nuestro suelo, debia elevarle sobre el vu de los demás caballeros sus contemporáneos; pero fuese que la mu tud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto

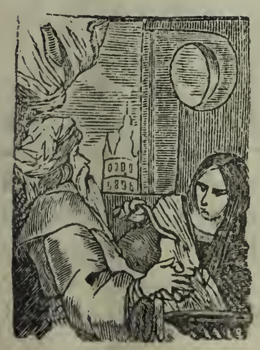
estaba á sus alcances, fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demás, el resultado es que corrian acerca de su persona rumores extraños, que ora podian en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podian tambien perjudicarle en el concepto de las más de las gentes, para quienes entónces, como ahora, es siempre una triste recomendacion la de ser un ente extraordinario.

En él se notaba, además de su ambicion, cierto afecto decidido al bello sexo, y lo que era peor, notábase que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenian igualmente dividida su alma ardiente y que ocuparon exclusivamente todo el trascurso de su vida.

Ahora que hemos delineado su carácter, pasaremos á referir lo demás que cumple para el entero conocimiento de esta verídica historia en el siguiente capítulo.

CAPITULO II.

Descríbense los aposentos de don Enrique de Villena y su laboratorio.—Recibe en este último un pliego de importancia.—Muerte del Gran-Maestre de Calatrava.—Proyectos de don Enrique para ser elegido.—Quiere divorciarse de su esposa.—Resistencia de ésta.—Hace las paces aparentemente con ella para llevar á cabo otro proyecto.—La roban unos enmascarados.—Encuéntrase sólo su manto y velo ensangrentados.



or los tiempos á que nos referimos, el marqués de Villena habitaba una parte del real alcázar, y esta parte se hallaba adornada con una profusion y elegancia extremada.

Ricos y costosos tapices, ostentosas alfombras, elegantes muebles, espléndidos almohadones, y otros mil objetos exquisitos se veian en todas las habitaciones, y en particular en aquellas que servian de estancia á su esposa doña María de Albornoz.

La cámara de dormir de don Enrique era tambien espléndida; pero donde más sobresalia el caprichoso gusto de éste, era en un vasto aposento que hoy llamaríamos despacho, pero entónces estaba destinado á otros usos. Este aposento podia llamarse la verdadera rareza del siglo XV.

Figúrense nuestros lectores un vastísimo salon, bastante oscuro, al

cual sólo entraba la luz del dia por unas ventanas muy altas que además tenian sus vidrios de colores, los que le daban todavía un aspecto más sombrío.

En medio de este salon ó aposento se veia una ancha y pesada mesa, mueble que llamaba enteramente la atencion así que en él se entraba. Encima de ella se notaban vários y voluminosos libros, que abiertos presentaban gruesos caractéres góticos estampados ó dibujados sobre pulidas hojas de pergamino; un reló de arena, un enorme tintero que contenia tinta para muchos tomos en fólio, dos ó tres lunas redondas de Venecia, algun espejo metálico girando sobre su eje, vários instrumentos groseros de matemáticas, que el vulgo creia talismanes mágicos, no pocos alambiques y redomas aplicables á usos químicos, si así pueden llamarse á las confecciones misteriosas de los que en aquella época encanecian buscando la piedra filosofal ó la esencia del oro; crisoles y aparatos sencillos, si bien costosos, de física, eran los objetos que cubrian la mesa. Tambien se veian armas de diferentes formas, una lámpara de cuatro mecheros suspendida del artesonado del techo, y un enorme sillon de baqueta, donde cabian dos personas, completaba el misterioso ajuar del sábio, del anticuario y del alquimista marqués de Villena.

Erase una noche templada y serena: don Enrique acababa de llegar con sus pajes y escuderos de una gran cacería verificada en un soto del Manzanares. El conde, sentado en un sillon, al parecer descansaba de las anteriores fatigas, cuando un pajecito negro que tenia y en el cual ponia su mayor confianza, se llegó á entregarle un pliego que acababa de traer para el alcázar un desconocido.

El conde le tomó y con expresiva mirada pretendió interrogar al paje, que nada pudo añadirle de cuanto le habia dicho de antemano.

El conde era un hombre de corta estatura; sus ojos, hundidos y pequeños, tenian una expresion particular de autoridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los más de los que con él se hallaban; su voz era hueca y sonora, cualidades que no contribuian poco á aumentar la impresion mágica que en los ánimos débiles ejercia. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Naturalmente afeminado y dedicado al estudio, faltábale el vigor y la energía de carácter que coronan las empresas aventuradas.

Sin embargo, sus criados y vasallos le temian en gran manera, y así fué que el paje se puso á temblar al ver el siniestro semblante de su amo cuando no pudo darle nuevos pormenores.

—Y bien, le dijo don Enrique, ¿quién te ha dado este pliego?

—Ya he dicho á S. S. que el escudero de V. S. Este lo ha recibido de otro que ha llegado á todo escape.

—Bien; márchate ya y que nadie me interrumpa.

Don Enrique, como si aguardara una noticia adversa, dudaba en abrir el pliego. Parecia que entre el temor y la esperanza existia un obstáculo que no era dable vencer. Determinóse, por fin, y al leer los primeros renglones, un rayo de alegría brilló en su semblante.

—¡Conque ha muerto por fin ese viejo Gran-Maestre de Calatrava! Era hora ya. ¡Mis planes y mis deseos van á cumplirse! Bendita sea la fortuna, que tan buena se me depara.

Efectivamente, el Gran-Maestre de la órden de Calatrava acababa de morir, como se lo anunciaban á don Enrique. Hacía tiempo que él esperaba esta nueva, á cuyo efecto tenia tomadas todas sus disposiciones para que le avisasen tan pronto como se verificase este suceso.

Hacía mucho tiempo que don Enrique ambicionaba la honra de ser Gran-Maestre de aquella órden, entónces de gran valor y estima. No obstante, le quedaban todavía infinitos obstáculos que vencer.

La órden de Calatrava, que era una órden religiosa y militar, poseia entónces bienes inmensos y contaba con una multitud de caballeros de lo más escogido de España; pero para pertenecer á ella era necesario hacer voto de castidad, y don Enrique ya sabemos que era casado. Este era el principal obstáculo que se oponia á sus ambiciosos planes.

De antemano lo tenia previsto todo, y llegado ya el momento oportuno era necesario obrar. Toda detencion le sería perjudicial, pues si bien él solo en aquel momento era sabedor de la noticia, dentro de dos dias á más tardar lo sabria la córte, y el rey se veria precisado á conferir el título de Gran-Maestre á persona más á propósito que don Enrique para semejante cargo. No tenia que titubear un solo instante.

Don Enrique no amaba á su esposa, y aunque doña María era jóven y bien parecida, se puede decir que su esposo la odiaba.

No queria, sin embargo, valerse de medios ruines ó peligrosos para apartarla de sí, y preferia que la cosa se hiciese de una manera más decorosa.

Su ánimo era divorciarse de su mujer, haciendo que ella misma presentase la demanda; pero así que puso en práctica su proyecto, encontró en doña María una resistencia desesperada, sin que pudiese adelantar un paso. Doña María le amaba demasiado.

Otro medio tenia dispuesto, y despues de haberlo reflexionado con más detencion en su misterioso aposento, se decidió por fin á ponerlo en práctica al dia siguiente.

La escena del intentado divorcio habia tenido lugar la noche ántes, pocos momentos despues que don Enrique habia recibido el pliego. Doña María, como supondrán los lectores, habia quedado desesperada

y no sabía qué partido tomar á fin de que su marido no volviese á mentarla agravio semejante.

Ojerosa, llena de pesadumbre y en extremo asustada, se habia levantado aquella mañana, y en medio de sus damas se lamentaba de su mala estrella. Cuando ménos lo pensaba, apareció don Enrique en el salon con cara risueña y alegre semblante.

Cuando doña María vió á su esposo de tan distinto temple, renació en su pecho la esperanza. Sin embargo, á pesar de lo mucho que le amaba, á pesar de que era el ídolo de sus más tiernas adoraciones, no confiaba del todo en las apariencias de su marido, que podrian hacerse sospechosas, á juzgar por el irascible carácter que tenia habitualmente el conde.

Despues de retiradas las damas, que desde luego vieron que estorbaban, don Enrique la dijo:

—Vengo, querida mia, á pedirte perdon por lo que te dije anoche. Reflexionando mejor, he visto que era un disparate lo que yo solicitaba.

—¿Conque no me aborreces? le preguntó doña María.

—No por cierto; ántes te amo más que nunca, y espero que no te acordarás ya de un asunto que ahora mismo me entristece solo el recordarlo.

—Nada tengo que perdonarte, esposo mio; me vuelves tu amor, y esto es lo único que en el mundo me satisface.

Así pasaron en sabrosas pláticas un buen rato, dándose uno á otro las mayores seguridades de ternura y cariño. La confiada esposa nada temia, y el astuto marido se esmeraba cada vez más en obsequiarla.

De pronto un ruido extraño y siniestro se dejó oir á la parte de afuera del corredor del aposento donde ambos se encontraban.

—¿Qué será esto? exclamó doña María.

—No puedo adivinarlo, contestó don Enrique.

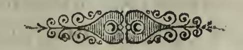
En el mismo momento se abre de par en par la puerta, y se presentan en el cuarto seis hombres enmascarados. Venian, al parecer, armados de piés á cabeza y con una especie de túnica cuya capucha cubria su cabeza y rostro á manera de los nazarenos.

Arrojáronse sobre doña María tratando de llevársela.

El conde intentó, al parecer, defender á su esposa desenvainando la espada; pero uno de los enmascarados cruzó la suya, y despues de un rudo combate, en el que el conde quedó desarmado, doña María fué tapada con un manto y los raptores la llevaron por la puerta secreta. El marqués daba voces llamando á sus criados, y saliendo por la puerta principal de la cámara, pedia socorro y armas contra los usurpadores de su esposa.

Al ruido acudieron todos los sirvientes y criados. El conde dió órdenes para perseguir á los raptores, y á pesar de que estas órdenes se pusieron inmediatamente en planta, volvieron los enviados trayendo consigo sólo el manto y velo ensangrentados de doña María.

El conde dió las mayores muestras de dolor: se mesaba los cabellos y gritaba como un desesperado. Sus criados y servidores podian apénas calmar su intenso dolor. Decia á voces que habia perdido lo que más en la tierra amaba.



CAPITULO III.

Preséntase don Enrique al rey pidiendo justicia.—Otórgasela éste mandando que se busquen los raptores por toda España.—Un pastor asegura que ha visto el cadáver de una señora llevado por hombres enmascarados.—El médico del rey predice la muerte del Gran-Maestre.—Señala su sucesor en la persona del conde.—El rey le nombra Gran-Maestre de la órden.—Opónense algunos caballeros de la misma.

YA la noticia del rapto de doña María habia cundido en toda la córte, y cada uno de los cortesanos hacía sobre este suceso mil comentarios. Los que habian visto el dolor, aunque aparente, de don Enrique, contaban á los demás el disgusto que dicho suceso le habia ocasionado.

El conde entretanto no se descuidaba. Presentóse al rey pidiendo justicia contra tamaño atentado, y el rey se la ofreció ámplia y cumplida, dando en seguida órden para que los raptores fuesen perseguidos en todos los ámbitos de España.

Un pastor que don Enrique llevó á la presencia del monarca, atestiguó que habia visto pasar á unos hombres enmascarados llevando el cadáver de una mujer jóven y hermosa, cuyo cuerpo estaba cosido á puñaladas.

El conde no se descuidó en llevar delante de la córte el manto y velo encontrados, y todos desde el primero al último se convencieron de que doña María habia dejado de existir, y compadecian sinceramente al conde por tal desgracia.

Los planes de engrandecimiento marchaban viento en popa; veremos, no obstante, lo que sucedió más adelante.

No se sabía todavía en la córte la muerte del Gran-Maestre de Calatrava. Unicamente lo sabía el conde, y en esta circunstancia fundaba sus mayores esperanzas.

Ya hemos dicho que el rey don Enrique III estaba débil y enfermo.

Efectivamente, acompañábale de contínuo su médico Abenzarzal. Este médico, que era un judío muy sábio en el arte de Esculapio, fué el principal agente de los planes del conde.

Este supo ganarle con una buena suma de dinero, y el avaro judío no titubeó en entrar de lleno en dichos planes.

El médico se preciaba de astrólogo, y sus profecías tenian mucho valimiento con el rey y con los demás señores de la córte.

La misma noche del dia en que Villena se habia presentado al monarca pidiendo justicia contra los asesinos de su esposa, Abenzarzal estaba contemplando el cielo desde una ventana de la cámara del rey, pero con tanta atencion y con semblante tan demudado, que el monarca se vió precisado á preguntarle la causa de una atencion tan extraordinaria.—¡Ah! señor, le contestó el embustero judío; si los astros no mienten, dentro de corto rato podré anunciaros grandes novedades.

—¿Y qué es lo que te dicen los astros? le replicó el rey.

—Los astros, señor, nos señalan en este momento una terrible desgracia.—¡Cómo! ¿qué quieres decir?

—Por la parte de Mediodía, hácia Calatrava, veo una estrella cuyo signo me espanta. Dejad que se despeje la nube que por un momento la empaña y podré ser más explícito.

—¿Por la parte de Calatrava? el Gran-Maestre acaso...

—El Gran-Maestre, señor, ha muerto: así me lo señala la estrella que ya veo enteramente despejada.

—¡Gran desgracia!

—Pero callad. Hácia Levante veo levantarse otra rutilante estrella. Viene de la parte de Aragon. ¡Ah! Trae consigo el emblema de una noble casa. Un pariente de V. A., un hombre digno en todos conceptos de la suerte que le aguarda.

—Explícate; no comprendo.

—La estrella indica las armas del noble conde de Cangas y Tineo; sin duda el Sér Supremo le tiene destinado para empresas muy altas.

—Ya comprendo. La muerte de doña María, por un acaso de la Providencia. El fallecimiento del buen anciano Guzman; todo se declara en favor del conde. Don Enrique será Gran-Maestre de Calatrava.

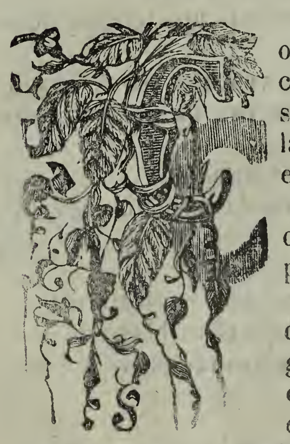
Al siguiente dia divulgóse en Madrid la muerte del Gran-Maestre, divulgándose tambien las predicciones del astrólogo; y el rey, tímido y supersticioso, no titubeó en conceder el Maestrazgo de Calatrava á su deudo y pariente don Enrique, conde de Cangas y Tineo.

Los caballeros de la órden celebraron un capítulo extraordinario. Algunos de ellos se opusieron á la elevacion del conde; otros por el contrario, y éstos eran los más aduladores, se hicieron de su partido celebrando con grande entusiasmo la elevacion del nuevo Gran-Maestre.

El conde dió las oportunas órdenes para tomar pronto posesion de su nuevo cargo, pero los disidentes enviaron gentes á las diversas encomiendas de la órden, á fin de que se opusiesen á entregarlas á los sectarios de don Enrique.

CAPITULO IV.

Lugar donde fué conducida doña María de Albornoz.—Es acusado el conde de su muerte.—No existiendo pruebas de la acusacion, se apela al juicio de Dios.—Cómo se verifica este juicio.—Prepárase éste.—La condesa no habia muerto.—Se propone salvarla un montero de su casa.—Lo consigue ayudado de su perro y otro compañero.—Sácanla del calabozo y la llevan á Arjonilla.—Escribe la condesa al rey.



omo los caballeros de Calatrava no se habian descuidado en hacer la contra á don Enrique, éste se valió de todo el influjo y favor que gozaba en la córte, con lo que logró sus intentos y quedó elegido Gran-Maestre de la órden de Calatrava.

Entretanto, vamos á ver qué le aconteció á doña María de Albornoz, tan inícuamente robada por órden de su esposo don Enrique de Villena.

Despues del rapto fué conducida á uno de los castillos del conde y allí encerrada en una lóbrega y húmeda mazmorra como un criminal que ha cometido los mayores delitos. Guardada por uno de los satélites del conde, habia desaparecido para el mundo, y éste la creia muerta, como ya tenemos referido.

Sin embargo, una de las damas de esta señora habia sospechado la trama, y creyéndola viva todavía, se presentó al rey en un dia de solemne audiencia, acusando á Villena como autor del rapto de su esposa.

El rey pidió las pruebas de su acusacion, pero como la dama no pudo darlas, é insistiese en su demanda, fué preciso apelar *al juicio de Dios*, que nunca deja impunes los delitos.

En aquellos tiempos semibárbaros, el juicio llamado juicio de Dios, era un medio muy usado y muy sencillo para hacer justicia á las partes.

Generalmente le usaban las damas en sus cuitas, y esta prueba consistia en lo siguiente:

La persona acusadora, si era mujer, elegia un campeon que debia batirse con el acusado en combate de muerte. Si el acusado salia vencedor, la acusacion se reputaba como calumniosa y el acusador era decapitado. Si al contrario, el caballero que entraba en el palenque en favor del acusador vencia, ó siendo él mismo acusador cuando la querella era propia, se probaba completamente la acusacion y á su vez debia morir el acusado. La parte acusadora, siendo mujer, presenciaba el combate, y al pié del cadalso esperaba su sentencia. La córte entera con el monarca á la cabeza lo presenciaba tambien hasta la conclusion de aquel acto, que generalmente se declaraba en favor del más valiente, más fuerte ó más astuto.

Todo estaba, pues, preparado para el que debia tener lugar en Tordesillas, donde entónces se habia trasladado la córte. La dama acusadora habia nombrado á su caballero, y don Enrique de Villena, que como ya hemos dicho, no era de los que se distinguian en el ejercicio de las armas, habia hecho la gracia de que se batiese en su nombre uno de los escuderos, que era un hijodalgo de aquellos tiempos, y á quien oportunamente habia calzado la espuela de oro y nombrado caballero, sin cuyo requisito no habria podido entrar en combate con su antagonista, que lo era muy esclarecido.

Mientras estas cosas pasaban, la condesa gemia en su calabozo sin esperanzas de librarse de sus pesados hierros; pero la mano del Altísimo iba á obrar una especie de milagro en favor de esta desdichada señora, como van á ver los lectores.

En la casa de don Enrique de Villena habia un montero muy querido de la señora por sus buenas prendas y circunstancias. Este hombre, que tambien la profesaba mucho cariño, llegó á sospechar que la muerte de la condesa fuese fingida, y calculó que lo único que podia haberla sucedido era el tenerla encerrada en uno de los castillos de su amo.

El montero tenia un perro muy fiel y de excelente casta, llamado Bravonel. Tan pronto como la condesa habia desaparecido del palacio, el montero se puso en marcha acompañado de su perro, y siguiendo el rastro de los raptores, pronto pudo cerciorarse de que sus sospechas no eran infundadas.

Mas ¿cómo hacer para introducirse en el castillo sin ser conocido ni conseguir por medio de la fuerza lo que sólo podia verificarse por la astucia?

El montero no desmayó, y disfrazándose de fraile francisco, en union de otro compañero y amigo, tambien montero, á quien hizo sabedor de su arriesgada empresa, se introdujeron una noche en el castillo pidiendo hospitalidad.

Dió la casualidad que llovia á mares, y presentándose los frailes de-

masiadamente mojados, los guardias los dejaron entrar y los guardianes de la condesa no tuvieron la menor sospecha. Antes bien convidaron á cenar á los dos buenos religiosos, quienes aceptaron de mil amores. Durante la cena los guardianes echaron buenos tragos, y como los fingidos frailes les animaban todo lo que podian, muy pronto aquellos estuvieron en estado de no conocer lo que pasaba á su alrededor.

El montero y su amigo eran valientes, tenian además un buen auxiliar en su fiel Bravonel, y así fué que tan pronto como vieron borrachos á los dos agentes del conde, se echaron sobre ellos, y poniéndoles una mordaza les dejaron en estado de no poder defenderse. Hiciéronse con todas las llaves que pudieron haber á las manos, y se dirigieron á distintos calabozos del castillo, creyendo de seguro hallar en alguno de ellos la persona que buscaban. Antes de esto tuvieron que valerse de mil astucias para no dar con los centinelas apostados en los cerredores; pero sorprendiendo á algunos y matando á otros, auxiliados del perro llegaron por fin delante de una maciza y ferrada puerta, de cuyo dintel no quiso pasar más adelante el perro.

Con el auxilio de las llaves que tenian consigo la abrieron, y el más lastimoso espectáculo se presentó á su vista.

Una mujer pálida, jóven todavía, pero parecida á un cadáver, yacía en una estera en el rincon del calabozo. De sus labios salian ayes lastimeros y quejumbrosos lamentos. Esta mujer, tan pronto como vió á los frailes, creyó ser llegada su última hora, pensando que eran enviados allí para asistirla en su último trance. Mas éstos la disuadieron de su error, diciéndola que iban, al contrario, á salvarla.

Tal estaba la condesa en aquellos momentos, que ni siquiera habia conocido á su fiel montero.

Por último, despues de repuesta del susto y tomadas las debidas precauciones, la llevaron de allí, saliendo por una poterna del castillo sin ser notados de nadie. Tan pronto como la condesa respiró el aire del campo, bien distinto al de su fétido calabozo, principió á volver en su acuerdo, y bendiciendo la mano que así la salvaba, pudo llegar con sus favorecedores hasta la posada del vecino pueblo de Arjonilla.

Desde allí escribió al rey dándole parte de todo lo que habia sucedido y acusando á su marido como autor del rapto.

CAPITULO V.

Tiene lugar el juicio de Dios.—Se empieza el combate.—Llega durante la lucha un hombre portador de pliegos interesantes.—Es derribado el campeon de la dama de la condesa.—El Justicia mayor declara que la condesa vive y que el juicio no puede decir nada.—Huye el conde y se hace fuerte en su castillo.—Es atacado y vencido por las tropas del rey.



UCEDIA el combate por medio del juicio de Dios, que ya hemos hablado en el capítulo anterior, en los mismos momentos en que tenia lugar lo que acabamos de escribir.

Hacía rato que los dos combatientes, ambos decididos y valientes, luchaban con extremado furor á fin de derribarse mútuamente. Pocas eran las ventajas que obtenian recíprocamente, pues si uno acertaba al otro una buena lanzada, el contrario paraba el golpe con destreza é inutilizaba la direccion. Rotas las lanzas apelaron á las espadas, y desde luego se vieron sérios y terribles mandobles, cada uno de los cuales amenazaba una vida tal vez demasiado preciosa para la patria.

El pueblo, que habia acudido en tropel al espectáculo, miraba ansioso una lucha que era muy de su gusto. La córte entera celebraba la habilidad y firmeza de los dos combatientes sin decidirse por uno ni por otro. La afligida dama que se hallaba al pié del cadalso hacía votos al cielo porque la verdad triunfase, y á veces llegó á dudar de la misma Providencia.

Así las cosas, un hombre jadeando llegó al lugar del palenque, y como dijo ser portador de papeles importantes, los heraldos y reyes de armas le dejaron entrar, y puso en manos del Justicia mayor los pliegos que llevaba, y éste los presentó al rey sin demora.

En aquellos instantes la suerte del combate se habia decidido. El caballero favorecedor de la acusadora habia derribado el yelmo de su contrario, y su espada dirigida con fuerza iba tal vez á cortarle la garganta; pero el caballero que peleaba por don Enrique, desviándose apresuradamente, hizo perder el equilibrio á su contrario.

Al mismo tiempo presentó la punta de su arma al pecho del caballero defensor de la dama, y éste con el empuje se pasó de parte á parte, cayendo en la arena sin aliento y casi exánime.

—¡Victoria, victoria! exclamó el pueblo. ¡El juicio de Dios, el juicio de Dios! Don Enrique ha triunfado.

Entónces, alzado en pié el Justicia mayor, dijo: «El combate nada puede probar ni decidir; la condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique de Villena es, sin embargo, culpado de felonía, si nó es de su muerte.»

—Todo se ha perdido, exclamó don Enrique; y desalentado huyó de allí sin saber lo que por él pasaba.

Suspendióse inmediatamente el acto. La dama, despues de recibir los plácemes de todos, volvió al palacio de su señora; el mal herido caballero fué trasportado al suyo, y en muchos dias no se habló en la córte de otra cosa que de tan peregrino lance.

El rey mismo quiso ver á la dama que de esta manera se habia portado, haciéndola un sin fin de mercedes y gracias.

El conde don Enrique, tan pronto como salió del palenque, habia montado á caballo, y seguido de los suyos, marchó al castillo donde ántes habia tenido encerrada á su esposa.

En él estuvo guarecido por mucho tiempo resistiéndose á las órdenes de su soberano, que le mandaba lo entregase, lo que no se pudo conseguir sino por la fuerza y pasados algunos dias. El monarca habia enviado tropas, quienes habiendo atacado la fortaleza por todos sus flancos, consiguieron, despues de mucha pérdida, apoderarse de ella, destruyendo así todos los planes del conde.

Su ambicion le habia perdido. Su ambicion le habia llevado á un extremo funesto, y su última rebeldía podia costarle muy cara.

EPÍLOGO.



Don Enrique, conde de Villena, fué llevado ante el rey pasado algun tiempo, y aunque imprudentemente quiso hacerse dar importancia para conservar, aun despues de lo ocurrido, su Maestrazgo, sólo contribuyó á dar á todos una idea más clara de su baja ambicion. Los ruegos, sin embargo, de la generosa condesa, que se retiró á sus estados á llorar su desdichada boda, salvaron la vida al conde, quien desde entónces vivió en retiro filosófico, entregado á la letras, para las cuales habia nacido más bien que para las armas ó la córte. Es cosa sabida que despues de su muerte quedó hecho trozos y fué metido en una redoma por haber sido acusado de hechicero durante su vida.

FIN.